

M.^a Asunción Gutiérrez
de Carreras *

Emigrantes españoles en la cuenca industrial de Lieja

El obrero español llega a Bélgica generalmente desprovisto de dinero y de ropa. No es raro que entre las condiciones de alquiler de los pisos mejores de estos barrios obreros esté la de «pas d'étrangers». Las relaciones que diríamos de sociedad se hacen difíciles por la diferencia de patrones culturales entre los dos pueblos; e imposibles por la inercia de ambas comunidades en iniciar un acercamiento. Nos falta un servicio organizado de ayuda completa al emigrante que se anticipe a los problemas familiares y sociales de nuestros trabajadores, en orden al mejor desenvolvimiento de las posibilidades humanas de cuantos han escogido el duro camino de la emigración.

I

LA VIDA DE LOS ESPAÑOLES EN BELGICA

Siete años de colaboración con el sacerdote español encargado de la cuenca industrial de Lieja y cuatro años de trabajo en un centro universitario de investigación social nos han permitido hacernos una idea de los problemas que los españoles encuentran en su vida de emigrantes.

1. *Primeras dificultades.*—Los problemas que se repiten casi en cada caso y desde luego en cada grupo de los que en estos seis años han ido viniendo tienen como denominador común el desconocimiento de la lengua y de la organización social de Bélgica.

a) *La lengua:* el desconocimiento del francés (o del flamenco en su área) liga al español durante algunos meses a la persona que él cree capaz de servir de intérprete. Hoy son muchos los españoles que «se hacen comprender» y con una mezcla de orgullo y caridad se ofre-

* Asistenta social en Bélgica.

cen voluntarios para ayudar a sus nuevos compañeros de trabajo o a sus paisanos recién llegados.

b) *La organización social*: si las actuaciones del sacerdote han disminuido en cuanto a servicios de intérprete, no así en cuanto a «desfacedor de entuertos» administrativos y profesionales, que se han multiplicado en la misma proporción que el número de españoles en Lieja.

Tres son los organismos belgas con los que el emigrante debe relacionarse con más frecuencia; ello exige, casi necesariamente, la intervención de una persona competente en legislación y relaciones humanas, tanto por parte del español —que se siente perdido en el maremagnum de papeles y de idas y venidas— como por parte de los organismos —que saben lo complicado que resulta para los extranjeros el «complicado» sistema burocrático belga—. Estos organismos son:

La Oficina Nacional del Empleo. Dependiente del Ministerio de Trabajo; por su delegación regional de Lieja deben pasar todos los trámites para la obtención del primer Permiso de Trabajo, su renovación ya sea por expiración del mismo, ya sea por cambio de empresa o de categoría dentro de ésta, así como también todo lo referente a los subsidios por paro. La oficina de Lieja no tiene otra misión que transmitir cada caso a la oficina central de Bruselas, donde se toman las decisiones, que vuelven al interesado por la regional de Lieja.

Un expediente mal presentado o incompleto supone su rechazo y dos meses perdidos, además del quebranto en la bolsa y en los ánimos para volver a empezar, sin estar seguro del éxito del nuevo intento.

El Seguro de Enfermedad e Invalidez. Su sistema es muy diferente al de España; es obligatorio estar inscrito, pero cada uno puede hacerlo en cualquiera de las varias sociedades autorizadas, después de una permanencia de seis meses en la organización oficial. Las sociedades aseguradoras tienen sus sedes centrales en Bruselas, y sucursales en las capitales de provincia; algunas tienen delegaciones locales en centros urbanos importantes e incluso en determinadas empresas industriales.

Las dificultades que con más frecuencia se presentan entre los asegurados españoles y las sociedades aseguradoras provienen en la mayor parte de los casos de la falta de conocimiento del sistema asegurador.

Durante el período de los seis primeros meses el obrero español está a cargo de su patrono en lo que respecta a médicos y medicinas, a no ser que, debidamente informado —caso que se presenta muy excepcionalmente—, haga formalizar en España su certificado de asegurado beneficiario (INP) en el momento de comenzar su trabajo en Bélgica; lo que le da derecho a la indemnización de los jornales perdidos y gastos efectuados por enfermedad, en igualdad con los obreros belgas o extranjeros que han sobrepasado este primer período de seis

meses de cotización al seguro de enfermedad e invalidez belga (AMI).

La incapacidad para el trabajo debe ser comunicada al organismo asegurador por correo, en impreso especial relleno por el médico, y en otro impreso diferente al patrono. Esta comunicación al organismo asegurador debe ser hecha antes de las cuarenta y ocho horas, y la del patrono antes de las veinticuatro horas. Pero... por un catarro no se llama al médico, y un día de retraso en la comunicación supone uno o varios días sin indemnización de enfermedad.

Las sociedades aseguradoras no devuelven más que una parte —en algunos casos irrisoria— de lo que el asegurado ha tenido que pagar al médico y al establecimiento sanitario. Estar enfermo en Bélgica es un lujo que uno puede permitirse sólo cuando se trabaja todos los días para cotizar al seguro de enfermedad y dejar algo en el cajón para cuando llegue el mal. Además de la información sobre sus derechos y deberes respecto al seguro de enfermedad, el emigrante necesita un espíritu de provisión difícil de adquirir donde hay tanto en qué gastar.

La Policía de Extranjeros. Todo extranjero residente en Bélgica tiene que estar en posesión de un Certificado de Inscripción en el Registro de Extranjeros; este documento es expedido por el Ministerio de Justicia a través de la Dirección General de Seguridad y las diversas comisarías locales de policía. La validez de este documento es sólo de seis meses, al término de los cuales es renovado por plazo igual, y así indefinidamente, salvo decisión en contra del Ministerio de Justicia. Pasados cinco años de residencia en Bélgica, el plazo de validez de cada renovación puede ser de dos años, si se han cumplido requisitos molestos, como presentar un aval de dos personas belgas y previo pago de 400 francos —en las renovaciones semestrales son 150—. A esta Oficina debe dar cuenta el extranjero de cada cambio de domicilio en un plazo de ocho días.

Para el obrero extranjero, la obtención del Certificado de Inscripción está supeditada a la obtención del Permiso de Trabajo. Según las disposiciones vigentes, es rechazada toda petición de Permiso de Trabajo en favor del extranjero presente ya en Bélgica. Por ello, tantos españoles llegados aquí con un visado de turista en su pasaporte, tienen que pasar y hacen pasar mil trabajos para obtener —cuando lo obtienen— su Permiso de Trabajo y después su Certificado de Inscripción.

Todo obrero extranjero tiene derecho a hacer venir su familia, a la que debe inscribir en el plazo de ocho días en el Registro de Extranjeros. Para las autoridades belgas de la inmigración la familia se compone sólo de la mujer y los hijos y únicamente en los casos declarados de necesidad social por dichas autoridades, se permite la residencia en Bélgica a los padres del obrero y de su esposa. Los trámites son muy largos y las tentaciones de hacer venir a los padres con visado de turista son muy corrientes. El problema es difícil de resolver y es triste ver a estas personas, de cierta edad, volver a coger sus

trastos, tres meses después de su llegada, para regresar al pueblo en espera de tener más éxito la próxima tentativa de venir a Bélgica, si todavía queda dinero para hacer de nuevo el gasto.

Además de estos tres organismos belgas, al español recién llegado le es necesario inscribirse en el Consulado del que dependerá durante su permanencia en el extranjero. Todos los asuntos consulares de los españoles de Lieja son despachados por la oficina consular de Bruselas, donde reside también la Agregaduría Laboral con la que, por su calidad de trabajador, puede necesitar entrar en contacto. Cien kilómetros separan Lieja de Bruselas, lo que no representa más que una hora de tren, pero implica 200 francos del billete y la pérdida del jornal del día, si el español quiere trasladarse allí para cualquiera de estos requisitos: inscripción en el Consulado, renovación anual del Certificado de Nacionalidad, renovación bienal del pasaporte, revista militar, etc., que vienen a sumarse a los muchos que cumplir en los organismos belgas.

2. *Dificultades de la integración.*—Hemos dado una idea de los principales problemas con los que el emigrado se va a encontrar al llegar a Bélgica. La solución de estas primeras dificultades influirá luego, de una manera directa, en su actitud ante un medio ambiente desconocido y al que precisa adaptarse para mantener su propio equilibrio, puesto en dura prueba por la ruptura más o menos voluntaria y más o menos violenta con su medio y ambiente original.

«El problema de la adaptación de los emigrantes surge no sólo del hecho de enfrentarse a unas condiciones de vida diferentes de las que han conocido, sino también de las aspiraciones más o menos conscientes al imponerse el desplazamiento y, de la imagen que se han formado de antemano, del nivel de vida que piensan alcanzar» (1).

A continuación trataremos de resumir las condiciones de vida y los problemas que, derivados de éstas, se van a plantear a los emigrados.

a) *La economía familiar.* El español llega a Bélgica generalmente desprovisto de dinero y de ropa. Si está soltero, su jornal le permite subvenir pronto a estas necesidades; más difícil se presenta la situación para el casado, que tiene que organizar la venida e instalación de su familia. En este caso, tiene que empezar por encontrar un alojamiento adecuado a juicio de la policía, legalizar en el Consulado español la carta de llamada a su esposa e hijos, mandarles el dinero necesario para el viaje —en algunos casos las empresas lo adelantan— y amueblar, al menos elementalmente, la vivienda escogida, cuyo al-

¹ Migrations provoquées et problèmes sociaux de la mobilité ouvrière. Travaux de l'Institut de Sociologie de la Faculté de Droit de Liège. Liège, 1956, página 91.

quiler le costará entre mil y dos mil pesetas, según tenga o no, dentro de casa, agua corriente y W.C. y según el número de piezas de que conste.

Un mínimo de muebles son necesarios antes de que llegue la familia, empezando por la cocina, que no está empotrada en una habitación determinada, sino que es colocable en la pieza que se quiera, pues todas ellas tienen salida de chimenea. Además del fuego de la cocina es necesario, casi siempre, instalar una estufa en alguna de las otras piezas, pues el invierno en estas latitudes es muy largo y frío. Para amueblar la casa, se le presentan al español dos caminos: las tiendas de compra-venta de muebles, o la compra a plazos. Este último recurso es muy tentador cuando se ve la diferencia de salario entre España y Bélgica sin calcular la diferencia de gastos; si cede a esta tentación, los gastos de alquiler de la vivienda se verán doblados durante un año o más por el pago de estos plazos que tienen un interés muy elevado.

Instalada la familia, hay que pensar en cubrir las necesidades de comida, vestido y calefacción.

El capítulo comida es sin duda el más fácil de resolver, siempre que la solución de los otros haya dejado suficientes fondos para poder ir a las tiendas de comerciantes españoles, donde se encuentran casi todos los productos a los que están acostumbradas las amas de casa en España; el precio de la importación no los ha encarecido mucho, si no es el vino y el aceite que serán sustituidos por la cerveza y el aceite de cacahuet.

El problema del vestido es más de aclimatación que de economía. Los grandes almacenes de confección son accesibles a todos los bolsillos, pero el invierno dura seis meses y el verano uno, y la mayor parte de los obreros españoles nunca habían usado abrigo en España.

La calefacción agrava terriblemente el presupuesto familiar. Durante seis meses el fuego no puede apagarse en la casa ni de día ni de noche. Aunque la mayor parte de las viviendas de los obreros no tienen instalación de agua corriente en el interior, a ninguna le falta, por el contrario, un sótano preparado para almacenar carbón en cantidades. Este problema está resuelto para los que trabajan en la mina, pues reciben un cupo de carbón suficiente para cubrir sus necesidades; las demás familias necesitan destinar a la calefacción varios miles de francos, aun cuando en los meses templados se use la cocina de gas que es más económica.

b) *Instrucción y porvenir de los hijos.* En Bélgica la asistencia regular y puntual a una escuela es obligatoria entre los cinco y los catorce años. A esta obligación están sometidos todos los niños residentes en la nación.

Los padres son libres (salvo coacciones ocultas pero muy reales), de escoger la escuela que quieran para sus hijos; las escuelas son ofi-

ciales o libres, según pertenezcan a un organismo oficial —Estado, Provincia o Ayuntamiento— o a una entidad privada —prácticamente la Iglesia Católica—. Las escuelas oficiales están obligadas a programar un número fijo de horas de enseñanza religiosa, no obligatoria sino para los que libremente se inscriben en ella, o de enseñanza de moral laica; no es raro que esta enseñanza sea muy pobre y rutinaria. Tampoco es raro que muchos niños españoles que asisten a las escuelas oficiales no estén inscritos en la enseñanza de religión, por ignorancia de sus padres de ese trámite de expresa inscripción.

La enseñanza primaria es siempre gratuita, sea cual sea la clase de escuela elegida. El Estado subvenciona totalmente la enseñanza oficial y privada.

A los doce años los niños pueden pasar a la enseñanza media (Humanités), que comprende dos ciclos de tres años, comparable a nuestro bachillerato elemental y superior. Este bachillerato puede ser literario, matemático o técnico, pero únicamente el literario (Humanités anciennes) permite el acceso a todas las facultades de la Universidad.

Si la enseñanza media y la universitaria están abiertas a todos los residentes en Bélgica, en la práctica las posibilidades quedan muy limitadas para los hijos de los extranjeros. La primera limitación proviene de su desigualdad con los belgas en el dominio del francés, sobre todo la ortografía y la sintaxis. La segunda limitación surge del hecho que el extranjero no naturalizado no está capacitado para el ejercicio de las profesiones liberales y encuentra grandes dificultades para las técnicas.

c) *Relaciones humanas.* Las primeras relaciones son de tipo profesional. Si los extranjeros son excepción en los cuadros directivos de la industria no así en los planos obreros. En el fondo de la mina el ochenta por ciento de los trabajadores son extranjeros; lo mismo puede decirse de la construcción y de la metalurgia pesada. Estos tres sectores ocupan el noventa y cinco por ciento de los españoles de la región de Lieja.

Las relaciones de vecindad son también de las primeras en influir sobre la vida del emigrante español. Las razones que le mueven a escoger vivienda en determinado barrio, suelen ser económicas o de amistad, o las dos simultáneamente. En los primeros tiempos las casas más baratas suelen ser las mejores; la condición de barata va siempre unida a la de antigua, mal acondicionada y en los barrios más viejos de la población. Los emigrantes ocupan en la actualidad las viviendas que los obreros belgas, cuyo nivel de vida ha aumentado en los últimos años, han abandonado; en Lieja y municipios circunvecinos puede muy bien hablarse de barrios de extranjeros.

No es raro que entre las condiciones de alquiler de los pisos mejores, de estos barrios obreros, esté la de «pas d'étrangers».

Si el ochenta por ciento de la población de estos barrios es extran-

jera, el sesenta y cinco por ciento es italiana y el resto queda distribuido entre las demás nacionalidades.

Las relaciones que diríamos de sociedad presentan la misma característica de falta de contacto con el medio belga. Es muy raro encontrar españoles que formen parte de asociaciones o grupos recreativos, políticos, religiosos o deportivos belgas. La diferencia de patrones culturales de los dos pueblos las hacen difíciles. La inercia de ambas comunidades en iniciar un acercamiento, imposibles. Y sin embargo son estas asociaciones el medio más fácil de conocerse y de reducir diferencias para encontrar todos los puntos comunes, sobre todo en el terreno de los ideales.

d) *Problemas familiares.* La solución que se dé a los primeros problemas y a los posteriormente surgidos en el período de adaptación en Bélgica, va a influir decisivamente en la evolución normal y armónica de la familia. El emigrante se encuentra ante el pequeño mundo de los suyos. De sus hijos, que si en algunos casos son el móvil que le hizo venir, en casi todos son el lastre que le hará quedarse: «los chicos pueden tener aquí un porvenir».

Se dice fácilmente que la verdadera asimilación se realiza con la segunda generación, que los niños son el vínculo de unión entre las dos culturas, que los padres aprenden la lengua del país con sus hijos, que el emigrante se queda en la tierra de inmigración para no estropear el porvenir de los hijos. Dentro de estas afirmaciones, que son verdad, ¡cuántos conflictos!, ¡cuántas incomprendiones!

Sujeto a la obligatoriedad escolar, el niño español entrará en la escuela al llegar a Bélgica, o al cumplir los cinco años si vino antes de esta edad o ha nacido aquí. En muchos casos y de una manera voluntaria asisten a la escuela de párvulos a partir de los tres años.

Antes de ir a la escuela el niño español apenas ha oído hablar en francés. Su entrada en ella, que para tantos supone un atentado a su «necesidad de seguridad», tan fácilmente satisfecha entre las faldas de mamá, para el hijo del emigrante es tanto más angustiada cuanto que el medio ambiente le es no sólo desconocido sino incomprensible. Desde este momento, el niño español va a pasar la mitad de su vida en ambiente belga. Aunque los alumnos sean de diversas nacionalidades, la escuela es belga: por territorio, por sentimiento y por lengua.

Todos los pueblos del mundo tienen motivos para sentirse orgullosos de sí mismos, y es en la escuela primaria donde se adquiere este sentimiento de orgullo. Esta enseñanza que en sí misma es sana y puede crear valores positivos, olvida más o menos conscientemente hablar de los valores de los demás pueblos. Si volvemos la mirada al tiempo de nuestra escuela primaria nos daremos cuenta de que este defecto no es, ni mucho menos, exclusivo de Bélgica.

En el alma infantil surge el conflicto entre la importancia de Bélgica y el interés de pertenecer a su comunidad —representada por el maes-

tro— y lo que de Bélgica y de los belgas oye hablar en su casa. Conflicto que se agudizará en el momento de la adolescencia, cuando el joven, y más aún la joven, por la diferencia de costumbres, se siente sólo e incomprendido; lo que le llevará a revolverse contra lo más representativo de la autoridad paterna, que en este caso son los patrones culturales españoles que le hacen y le obligan a ser diferente de lo que le pide el medio ambiente en que se desarrolla.

Si pensamos en la madre, la gran mediadora de los hijos y el modelo natural de las hijas, nos encontramos con que para la gran mayoría de las madres españolas de Lieja los hijos llegan a ser unos desconocidos, porque desconocidos les son sus proyectos y sus relaciones.

Entre el mundo de los padres españoles y de los hijos nacidos o criados en Bélgica, la diferencia no es sólo la de una generación. Es también la diferencia que existe entre unos patrones culturales que no han evolucionado, desde que el emigrante salió de España, y los patrones belgas, que le son desconocidos por extranjeros y por actuales.

II

UN PLAN DE ACTUACION

I.—HISTORIA DEL PRIMER CENTRO ESPAÑOL DE BÉLGICA

En enero de 1956 tres sacerdotes españoles, estudiantes en Lovaina, previendo los problemas de nuestros emigrantes y sabiendo que su número va a aumentar considerablemente en los meses siguientes, deciden repartirse el territorio belga, para ocuparse de los españoles establecidos en la zona que a cada uno le toque en suerte.

Con un espíritu casi tan lleno de optimismo como de caridad, el padre redentorista Antonio Hortelano empieza su misión en Lieja, haciendo los viajes entre las dos ciudades en auto-stop. Aunque el procedimiento esté bastante extendido en Bélgica, para el que conoce los rigores de su invierno, y recuerda especialmente los primeros meses de 1956, no le cabe duda que la caridad del padre Hortelano necesitaba ser abrasadora.

Después de hacerse con las direcciones de los españoles establecidos en la ciudad, empieza las visitas a domicilio. Rápidamente ve el interés de celebrar reuniones periódicas con todos los españoles residentes en la región. El padre Hortelano consigue que las religiosas Auxiliadoras del Purgatorio le presten una sala en su convento de la rue Ste. Marie, donde comienzan estas reuniones que mensualmente acogen a jóvenes españoles de ambos sexos. Ellos trabajan en la mina;

la mayor parte vienen de la región catalana, donde una agencia, en relación con las minas belgas, les gestiona los permisos de trabajo. Las chicas proceden casi todas de San Sebastián, donde funciona otra agencia, dedicada al servicio doméstico, que se ocupa de poner en contacto a las personas extranjeras, que paguen bien esta gestión, con las chicas españolas deseosas de mejorar su situación económica, aunque para ello tengan que emigrar. Una misa abría generalmente las reuniones, un gramófono con algunos discos españoles las continuaba.

En el mes de octubre de 1956 el padre Hortelano, que tiene que volver a España durante unos meses, ve la posibilidad de que dos estudiantes españolas, Mercedes Guachs y María Asunción Gutiérrez, que vienen a Bélgica, puedan continuar su obra en Lieja al mismo tiempo que siguen sus estudios en esta Universidad. En julio de 1957, el padre redentorista Javier Iturgaitz es destacado a Lieja como capellán de los españoles. Junto con él y para colaborar en su misión viene su hermana Teresa que comienza aquí estudios de asistenta social.

Las expediciones de obreros para las minas comienzan a llegar regularmente, y el padre Iturgaitz o «las chicas del padre» están puntuales a la cita en la estación de Lieja. El hecho de conocer el francés nos hace vivir las situaciones más extrañas; cualquier hora del día o de la noche es buena para llamar al padre que en una ocasión tuvo que asistir, como intérprete, a un parto difícil en un hospital. Durante el tiempo en que la misión funcionó sin sacerdote fijo, yo tuve que presenciar, por la misma razón, el reconocimiento médico de algunos mineros. Estos primeros tiempos, aunque difíciles, fueron capaces de embriagar a todos los que de cerca vivimos el nacimiento de la misión.

En pocos meses el salón de actos de las monjitas se quedó pequeño y nuestras reuniones, que de mensuales pasan a semanales, se celebran a partir de octubre de 1957 en la Escuela de Bellas Artes, regida por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y situada en la misma calle Sta. María. Es de hacer resaltar el espíritu con que los hermanos han ayudado en todo momento a la colonia española, y todavía hoy su capilla y su salón de actos continúan a nuestra disposición.

En marzo de 1958 llega a Bruselas el Sr. Cerdá, primer agregado laboral en la Embajada de España. Su colaboración nos fue siempre preciosa y contando con su ayuda se inaugura en julio del mismo año el primer Centro Español de Bélgica, que a petición del Sr. Cerdá lleva el nombre de «Chócala».

El programa era ambicioso, «Chócala» sería un lugar de reunión y de acogida de cuantos españoles quisieran venir a él, sin tener en cuenta sus ideas políticas o filosóficas. El capellán se encargaría de los problemas espirituales de la emigración y, siempre contando con su colaboración, las tres «asistentas sociales» —por aquellos tiempos se nos empieza a llamar así— pagadas por los sindicatos españoles, a

través de la Agregaduría Laboral, ayudarían a los españoles a buscar soluciones a todos los problemas que su situación de emigrantes pudiese plantearles. Para cuidar del edificio y del servicio de bar en él instalado, una familia española viviría en «Chócala».

Todos luchamos para que este programa se cumpliera. El Sr. Cerdá y nosotros obtuvimos promesas y felicitaciones de los organismos competentes, pero la realidad fue reduciendo nuestras ilusiones y nuestras posibilidades. Sólo el capellán, padre Dionisio Ruiz, que sustituyó en noviembre de 1958 al padre Iturgaitz, sostenido por la Iglesia Católica belga ha podido continuar dedicándose íntegramente al servicio de los españoles. Con su pequeño Wolskwagen el «cura español» recorre la cuenca industrial de Lieja para tratar de ayudar a los españoles en sus conflictos profesionales, administrativos y familiares. Todo esto sin olvidar la instrucción religiosa de los niños, las visitas a los centros hospitalarios y prisiones (los casos no son muy numerosos pero nunca falta alguno), además de cumplir con sus obligaciones de párroco de los seis mil españoles residentes en la región. Aún hay que añadir que, dada la carencia de oficina consular en Lieja, el capellán se ofreció generosamente a servir de enlace entre el Consulado y los españoles, para evitar los gastos y trastornos que les suponen los desplazamientos hasta Bruselas.

«Chócala» sigue siendo un lugar de reunión, y en él Teresa Iturgaitz ha tenido que ocuparse de todos los cuidados necesarios al edificio y al servicio del bar. Ella continúa su obra social ocupándose de las muchachas de servicio que encuentran en «Chócala» la oficina de colocación, acogedora y desinteresada, que trata de lograr que nuestras chicas realicen las esperanzas que les hicieron dejar sus familias en España.

Las necesidades materiales del Centro son cubiertas por la Agregaduría Laboral, junto con una gratificación de 2.000 F. mensuales para Teresa Iturgaitz.

II.—UN SERVICIO SOCIAL PARA LOS EMIGRADOS ESPAÑOLES DE LA REGIÓN DE LIEJA

Tenemos un capellán, tenemos un Centro Español conocido desde hace siete años en Lieja, tenemos un servicio de colocación de muchachas. Nos falta un servicio organizado de ayuda completa al emigrante, un servicio al que el español pueda dirigirse para resolver sus dificultades del primer momento, un servicio que se anticipe a los problemas familiares y sociales de nuestros obreros, en vista al mejor desenvolvimiento de las posibilidades humanas de cuantos han escogido el duro camino de la emigración.